

y otro lado, por si venía alguien, desanduvo lo andado, y se retiró por donde había entrado maullando para su piel de tigre, por lo bajo: «¡Toma, estos soldados son los de la caja que yo eché á rodar anoche en el armario del niño!» ¡Pobres soldaditos fusilados que habían pagado una culpa en que no habían incurrido!.....



Calma

TODA la tarde llevaban los dos chicuelos cogiendo mariscos, saltando de peña en peña con una suavidad gatuna, para no escurrirse en aquel musgoso piso del arrecife eternamente reblandecido por la marea; pero ya estaban hechos á las piedras, y ambos posaban en las rocas los pies descalzados como si tuvieran ventosas en sus plantas. Más allá de donde ellos andaban, rugía la resaca, que alguna vez les alcanzaba con sus copos de espuma, sin que las dos criaturas, familiarizadas con el mar, atendiesen á otra cosa que á escudriñar la rompiente, buscando almejas, dejando que el oleaje que bufaba de impotencia por no poder alcanzarlos, se estrellara en la punta, alzando una continua tolvana blanca de polvo de agua.

Apenas sumarian veinte años entre los

dos mocosos; él era un mozalvete recio, musculoso, ágil, de ojos vivos, tostado por el sol y curtido por el aire marero; usaba por todo traje unos remendados calzones que apenas le llegaban á los tobillos, colgados de los hombros por un tirante de cuerda, y una camisilla de tela basta y no muy limpia; ella, en punto á traje, no andaba mejor que su compañero; un refajillo rojo raído, un jubón bastante roto, y pare usted de contar; sin embargo, obedeciendo á su delicadeza femenina, se resguardaba los peinados cabellos con un pañolillo anudado por bajo de la barba; á pesar del azote de la intemperie, la niña era más blanca que el muchacho, y sus ojos azules resplandecían con una luz más dulce y apacible.

Los dos chicuelos brujuleaban por allí con la misma tranquilidad, riendo con fuertes risotadas, tan pronto juntos como apartados, charlando sin dejar en paz á la lengua, hablándose á gritos, alzando á veces la cabeza para mirar á las olas que venían trotando y persiguiéndose; cuando los dos reunían buen número de mariscos, él trepaba por las peñas hasta escalar la costa, y dejaba *la pesca* en un cesto que á tal efecto habían llevado de su casa.

Así se les echó encima el obscurecer; el

sol, que parecía dudar si entraba ó no en el agua, clavado mientras en el límite del horizonte, fué hundiéndose despacio en el Océano, dejando en el sitio por donde se sumergía un resplandor suave de color de rosa; toda la lontananza se bañó entonces de luminosos matices, encendidos y transparentes, pero apacibles y tranquilos; ni la más leve ráfaga rizaba el mar que se diría dormido, fuera del choque continuo del oleaje en la rompiente; la luz tibia del crepúsculo iba tiñendo de blanco las ondas mansas, y sólo allá al fondo se advertían los cabrilleos de los últimos rayos de la puesta; no se distinguía por ningún lado el borroso penacho de humo que revela la ruta de un vapor, ni la manchita blanca que indica una vela; la costa se hallaba también desierta, abandonada y únicamente las figuritas de los dos niños, perdidos en aquella inmensidad majestuosa, interrumpían la soledad augusta de la Naturaleza.

Se les hacía tarde; pronto las sombras de la noche ennegrecían el espacio; era, pues, cosa de regresar á casita; en aquel momento, tierra adentro, dulce y melancólica, tableteó una esquila, cuyas campanadas salían de detrás de una loma que

debía de ocultar la torre y el pueblo. La niña las oyó la primera, dijole á su hermano Antonio: — La oración... — y ambos se arrodillaron, rezando ese *Padre nuestro* bendito, lleno de inocencia, que las madres enseñan á los hijos desde que se bajan en su primer vuelo de la cuna; después se santiguaron, y agarrando el cesto entre los dos, encamináronse á buen paso á la aldea.



La tinta del Maestro

QUÉLLOS guindos incitantes rebosando fruta que asomaban sus copas verdes empedradas de botones rojos por encima de la cerca del huerto, traían á mal traer al rapaz que andaba que bebía los vientos por darles una buena embestida á los árboles. Por fin, una tarde no pudo refrenar más su deseo y al salir de la escuela, dijole el muchacho á un compañero:

— ¿Te vienes á coger guindas, Juan? ¡Mira que he visto unas más gordas!

¿A coger guindas? — ¡Pues no había de irse! — ¡A escape! — ¡Y que no estaban ya maduras! — Sí, pero lo malo es que su madre salía á la hora en que concluía la escuela y si tardaba en llegar á casa se enteraría del lance. — ¡Bah! — Colaría un embuste cualquiera; que el maestro le mandó

á última hora á un recado. — Después de todo poco podían detenerse, y como el huerto estaba al paso, era cuestión de diez minutos el subir al árbol y darse la panzada de fruta.

La proposición era tentadora — pero el Juan, que gastaba un poco más de mesura que su compañero, preguntó indeciso:

—¿Y dónde las has visto?

—En el huerto de la calleja — replicó el golosillo muchacho, relamiéndose al recordarlo.

—Pues, vamos allá — contestó al fin el Juan vencido.—Y los dos amigotes, apartándose del tropel que dejaba bulliciosamente la clase, tomaron por una calle que conducía derecho al huerto; atajando por allá y á buen paso llegaron á la guindalera y en un decir amén se encaramaron á las copas, montáronse en una rama y arranca de aquí, arranca de allá, comenzaron á engullir con gran prisa, escupiéndose los huesos entre estrepitosas risotadas contenidas en el acto de estallar para no delatar la presencia de gente en la fronda. El rapaz iniciador del asalto, más positivo que el otro, sólo se ocupó de comer cuanto le consintieron los dientes, pero á Juan, más cándido, lo primero que se le ocurrió an-

tes de dar principio al banquete, fué adornarse y arrancando con cuidadito dos guindas unidas por los rabos, se las colgó en una oreja, emperegilándose la compañera del mismo modo; luego se atascó en competencia con su compañero. La caída de la tarde se les echó encima.

— ¡Qué tarde es! — exclamó el Juan con acento de pánico al advertir el crepúsculo.

—Eh, no seas gallina! — contestó el otro chico.—Urdes una excusa y san se acabó...

Bajáronse, pues, con cautela y mirando á todas partes por si se acercaba el guarda, y despidiéndose al pie del árbol, cada cual de las criaturas se marchó corriendo á su vivienda, á tiempo que sonaba en la iglesia del lugar el toque de oración.

¡Lo que Juan se temía! — Se habían retrasado mucho y ahora iba á llegar á su casa al obscurecer. ¡Y con el genio de su madre! — ¡Valiente pescozón le aguardaba! ¡Porque lo que es ella no se tragaba tan así lo del recado del maestro! — En fin, no tenía otro remedio que aguantarse; creyéralo ó no lo creyera, él se sostendría en que acababa de salir de la escuela y en que venía por el camino más corto. No tardó en plantarse en la casa y en cuanto su madre lo vió jadeante, sudoroso, sofocado, le pregun-

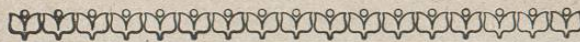
tó á gritos de dónde salía á aquella hora. De la escuela: el maestro le había mandado á la tienda de la Sra. Felicia por tinta y por eso era la tardanza. ¡Cómo que se tenía que morir que decía la verdad! — ¡Que le partiese un rayo si mentía!...

Pero su madre no le quitaba ojo; le dejó hablar y acercándose de improviso, le sujetó por un hombro y arrebatándole de una oreja el pendiente de guindas, le dijo aturdiéndole á voces y zarandeándolo:

—Y has ido por tinta á la guindalera.

¡Santo Cristo!... El mocito se echó mano ya tarde á las orejas con repentino arranque. — Se le había olvidado quitarse los adornos. — Entróle entonces un pánico terrible, se le apagó la voz, le bailaron las piernas y se dió por muy contento, con que su madre le enviara de un pescozón fuera de la pieza diciéndole con furia:

—Ya te daré yo la tinta. Hoy te acostarás sin cenar, puesto que has comido ya por adelantado el postre.



Camino del Cielo

I

PERIQUEÍN!... ¡Periqueín!... ¿Duermes?... Soy yo... Gabriel... ¡Anda!... Despierta y vente conmigo al Cielo. Verás que hermoso es aquello...

El niño, que reposaba con el sueño profundo de la infancia, se estremeció sin abrir los ojos, comenzó luego á dar señales de vida, removiéndose inquieto en el lecho, sacó los brazos fuera del embozo, y se incorporó al cabo, luchando por despegar los párpados, que le pesaban como si de plomo fuesen. Sin acabar de sacudir su modorra, escuchó la voz que le llamaba, desconoció su timbre, y, entrándole súbito miedo espantoso, se acostó de repente, tapándose con la sábana hasta la cabeza para no ver las siluetas que proyectaba en la pared la lamparilla que alumbraba la

alcoba. Así permaneció temblando, acurrucado, despejado ya, sin atreverse á mover, mientras la voz que le había despertado continuaba llamándole en las sombras. Pero aquella voz era tan dulce, tenía un dejo tan simpático, que Periquín se fué tranquilizando, y, sin meter ruido, con mucho tiento, se atrevió á levantar por un lado la ropa que le cubría, y asomó á la postre la cabeza por entre los pliegues de la colcha. Junto á la cama, de pie derecho, sin quitarle ojo, había un jovencito, rubio como las granzas de la paja, vestido con un largo túnico celeste, y con una cara de bondad que no se le podía mirar sin sonreírse de alegría. Periquín recordó en seguida los cuentos de su madre y los trozos que leía en el colegio, y, desechando sus miedos, apartó en definitiva el cobertor, y sentándose en la cama murmuró, como dándose una satisfacción á si mismo: — ¡Toma! ¡Este debe de ser el ángel de los niños!

¡Vaya unas horas de viaje! ¡A la madrugada!... Sí, señor: él iría con mucho gusto en tan buena compañía aunque fuese al fin del mundo, pero ¡renunciar al calorillo de la cama con una noche tan perra!... Y no era cosa de emprender desnudo la

marcha al Cielo, que está tan arriba, tan arriba... Porque él no sabía vestirse solo... ¡Qué contratiempo! Pero el ángel insistió, aseguróle que yendo juntos no sentiría frío, y, venciendo al cabo la resistencia de Periquín, le envolvió en una manta, le cogió en sus brazos, abrió el balcón del dormitorio, y, desplegando unas alas de finísima pluma que le salían por las aberturas del túnico, se remontó por los aires con el niño.

¡Madre de Dios, lo que se elevaron!... Periquín había vuelto á experimentar un miedo horrible, y barboteaba cuantas oraciones sabía para que la Virgen les librase de una caída. Por lo demás no le iba mal en su expedición: no se mareaba, y, como el ángel le prometió, apenas si notaba el hielo de la noche. Y volando, volando, subían, subían, y pasaron por entre los astros, que fulguraban en aquellas alturas como inmensas ascuas, y comenzó á amanecer, y dejaron atrás el sol, que parecía de cerca una colosal pupila de fuego; y continuaron ascendiendo á través de una cadena de nubes de púrpura; hasta que al cabo plegó el ángel sus alas y se detuvieron: estaban á la vista del Cielo.

¡Qué sitio tan hermoso! Por allí pene-

traban los niños en la gloria: un resplandor suave como el de la amanecida iluminaba el paraje; espeso tropel de rosas sin espinas, en cuya alfombra moría todo rumor de pasos, extendíase ante la puerta, y la entrada se abría en el centro de una gigante estrella que irradiaba de sí un fleco de rayos de luz. La entrada estaba abierta, y se oían adentro acordes de arpas y voces de serafines entonando al unísono dulces sonatas que repercutían con extraño ritmo en el silencio del espacio. ¡Y aquello era sólo la puerta del Cielo!... ¡Ah, sí! En aquel lugar debían pasarlo muy bien los niños... Y sin que el ángel acertara á detenerle, acordándose de su madre y ansiando contarle cuantas maravillas había visto, apretó á correr Periquín, y... se despertó. Hallábase en su cama, y todo había sido un sueño.

II

Angelina, la vecinita que jugaba todas las tardes con Periquín, su amiga inseparable, acababa de morir arrebatada por unas calenturas crueles que en una semana se la llevaron de este mundo. ¡Qué lástima! ¡Formaban la niña y el muchacho

tan encantadora pareja! Ella era trigueña y menuda: él moreno y alto; ella tenía los ojos azules y los cabellos rubios: él las pupilas pardas y el pelo negro; ella contaba cuatro años y pico: él sumaba cinco justos. Era, en verdad, un dolor, semejante pérdida. Y, ahora ¿con quién iba á compartir Periquín sus alegrías y alborozos? Cierto que tenía su hermanito, al que adoraba y con el que muchas veces se distraía; pero la tierna criatura aún no había cumplido los veintitrés meses, y no podía jugar con ella, como con Angelina, al toro y las mulas.

La propia mamá de Periquín fué la que le dió la fatal noticia de la pérdida de su amiguita. ¡Con qué desconsuelo se echó á llorar el niño al saberlo! Se habían criado juntos y se querían con delirio. Y eso que, en la mente infantil del muchacho, todavía la idea de la muerte se ofrecía obscura y borrosa; pero con el instinto peculiar de los pocos años, que suple á la falta de un entendimiento formado, adivinaba él, en la desgracia, toda la monstruosidad de la separación eterna.

— ¡Angelitos al Cielo! — dijo con grave tristeza la mamá de Periquín al comunicarle el suceso. — ¡Dios sabe cuántas amar-

guras se ahorrará con su marcha! El mundo se halla erizado de espinas, y hay que andar con pies de plomo. ¡Para una alegría que logramos en la existencia, se cosechan tantas penas!... Enfermedades, contratiempos, desengaños... ¡Bien ha hecho la pobre Angelina en huir á la gloria!

Periquín, que oía tal retahila sin entenderla del todo, acordóse de su sueño, y, recordando también cuán hermosa se le ofreció la puerta del Cielo, preguntó afañoso á su mamá: — Pero ¿tan bonita es la gloria? — ¡Qué si era! ¡Pues ya lo creo! Allí no hacía frío nunca: siempre reinaba en tal sitio una temperatura de primavera, y todo el día se lo pasaban los niños jugando. Esto último sonó con delicioso ritmo en los oídos de Periquín; y de tal suerte le ponderó su mamá el Cielo, que el muchacho concluyó por no lamentar la muerte de su amiguita y por tenerle como cierto deje de envidia.

III

¡Mal año para los niños!... Dos ó tres meses después de la muerte de Angelina, caía el hermano de Periquín herido por la difteria. ¡Era el primer hijo que la

doliente madre perdía... no había precedido enfermedad ninguna... la suerte le descargaba el golpe brutal de improviso... con una sencillez feroz, con una naturalidad horrible! La pobre criatura se acostó buena y sana y amaneció en la gloria. Así muchas veces, en las tormentas caniculares, estalla un solo trueno y ese produce el rayo.

Todo el mundo creyó que la mamá de Periquín se volvía loca. La tarde en que se llevaron su hijo al cementerio, se recostó en una butaca, con el rostro entre las manos y la cabeza caída de cara contra el respaldo del asiento, y así se estuvo llorando, llorando, bajito, sin alardes, sin sollozos, con todo su dolor metido en el alma. No quiso comer, huyó de las gentes, no prestó oídos á nadie, y sólo una de las veces en que Periquín se acercaba compungido á consolarla, le dijo dándole un beso muy tierno: — ¡Ya te has quedado solo, mi vida, ya te has quedado solo!... ¡Ya se ha ido al Cielo tu hermanito!... — Y con tan intenso dolor y entre un tropel de lágrimas tan grande fueron pronunciadas estas palabras, que el niño sintió también impulsos de llorar, y, tragándose una pregunta que no se atrevió á dirigir al

acordarse de la pintura que su madre le había hecho de la gloria y de lo que vió él mismo á la entrada, se separó desconcertado, pensando, sin acertar á responderse:

—Pues si mi hermanito está en el Cielo, donde tan bien les va á los niños, ¿por qué llora mi mamá con tanta pena?...



Bajo el canalón

QUERA una pieza soberbia aquel paraguas. Alto, con una contera pavonada de tres dedos, terminado por arriba en un puño de asta y con un par de borlas de seda negra colgándole del mango... En cuanto á tamaño, seguramente no había en toda la comarca otro mayor. Cerrado parecía el pendón de la hermandad del pueblo y al abrirse diríase que se desplegaba algún toldo... No, lo que es como caber ya cabía la familia entera debajo sin temor á que le cayera encima ni una sola gota de agua... Pero lo mismo daba... El paraguas no salía nunca á la calle así llovieran duros... Era una monomanía del abuelito.

Calcúlese con esto la sorpresa de los dos chicos cuando lo descubrieron:

—Oye, oye, mira!... exclamó el uno.—El paraguas bueno de papá Facundo.